

Intelectuales y expertos. La constitución del conocimiento social en Argentina¹

Federico Neiburg y Mariano Plotkin (Comps)

Paidós, Buenos Aires, 2004.

Reseña por Diego Ezequiel Pereyra (Dr. en Sociología, University of Sussex at Brighton). Su área de investigación es la historia de la sociología en Argentina y el rol profesional de los sociólogos en la región. Es Investigador Asistente del CONICET, con sede en el Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, UBA. Coordinador de la Comisión en Historia de la Sociología, IDIS, CPS. Actualmente, es Secretario Académico del Programa de Doctorado en Ciencias Sociales de FLACSO- Argentina.

La historia de las ciencias sociales en Argentina ha estado vinculada casi exclusivamente a la historia intelectual. Esta reconstrucción histórica de las ideas y de la dimensión simbólica de la vida social resulta, sin embargo, un poco limitada. La actividad intelectual está, por cierto, estrechamente relacionada con la evolución histórica de conceptos e interpretaciones sobre la sociedad, pero esa producción de ideas está, también, profundamente ligada a la historia institucional y a los avatares estructurales de cada campo. Esto remite a las prácticas profesionales de cada disciplina, a la construcción de redes sociales y académicas, a la estructura de las comunidades científicas, a la expansión del campo laboral, a la organización universitaria y a la capacidad de los científicos para construir sus reputaciones intelectuales. Este diálogo con la historia y con la imagen del pasado resulta ineludible para toda comunidad científica, ya que permite que sus integrantes reconstruyan una identidad profesional y reflexionen sobre el presente y el futuro de las disciplinas.

En el caso de las ciencias sociales, la necesidad de repensar y analizar esa historia se torna cada día más urgente por la sensación de crisis de las ciencias sociales y la continua reinterpretación sobre la validez de los resultados de investigación. Esta premura resulta aún más dramática en Argentina por las profundas transformaciones de la estructura social y la aparente incapacidad de las ciencias sociales locales para explicar esos cambios. A eso se suma un factor adicional. Las disciplinas sociales locales no han encontrado aún una completa y exitosa legitimación frente al estado y la sociedad, pese a que el proceso de institucionalización de las mismas se inició muy tempranamente. Algunas sufren crisis de identidad; todas ellas tienen problemas de financiamiento y debilidad institucional. Ante este escenario se torna casi imprescindible la reconstrucción de la historia de las ciencias sociales en Argentina desde una perspectiva sociológica que complemente los valiosos aportes de la historia intelectual.

En este sentido, entre los recientes esfuerzos de investigación se destaca el libro *Intelectuales y Expertos*, compilado por Federico Neiburg y Mariano Plotkin. El objetivo de la obra es simple y claro: Iniciar un camino en la definición de un campo disciplinario novedoso en Argentina, una sociología histórica de la producción del conocimiento sobre la sociedad en nuestro país. Uno de los mayores méritos del libro es su ambición por aplicar las herramientas y las posibilidades de la historia sociológica, o, si se prefiere, sociología histórica, en el estudio de los saberes sociales en Argentina. La compilación en su conjunto ofrece, sin embargo, un panorama de artículos diversos y desparejos sobre la historia de las principales disciplinas sociales en el país: antropología, economía, historia, psicología y sociología.

Este libro es fruto de una experiencia de trabajo de dos seminarios en los cuales los autores de la obra presentaron y discutieron sus borradores entre ellos y otros colegas. Los

¹ Una versión resumida de este texto se publicó en *Prismas*, IX, 9, 2005: 335-339, la cual fue rescrita y corregida en 2008

diez capítulos fueron escritos por investigadores con experiencia en la investigación histórica sobre las ciencias sociales en el país. Algunos son jóvenes y otros no tanto, pero, en su mayoría, ellos tienen una reconocida trayectoria en el campo. Pese al tiempo dedicado a su escritura y al prestigio de los autores, la mayor parte de los textos parecen inconclusos, con un formato de borrador o trabajo en progreso, que no permite discernir claramente las ideas finales de los capítulos. Ello pudo haber sido una estrategia implícita de los compiladores, aunque resta legibilidad y comprensión a los posibles hallazgos y conclusiones de cada una de las investigaciones individuales. Esta faceta permite, no obstante, reflexionar sobre preguntas pendientes y caminos futuros que enumeraremos a continuación.

La obra introduce una serie de valiosas reflexiones teóricas. Este libro refuerza con acierto la idea de la insuficiencia de la teoría, hoy ya clásica, del campo intelectual para explicar el desarrollo y la dinámica de las comunidades científicas. Por otro lado, todos los trabajos tienden a desmitificar la separación entre los intelectuales y los expertos o técnicos, aplicando un análisis donde estas categorías se entrecruzan permanentemente y se privilegia la circulación de los actores por distintos espacios institucionales de acción y legitimación de sus ideas y trabajos. El texto también remite continuamente a la articulación entre factores nativos y no locales. De este modo, los autores reconocen acertadamente la influencia de las redes internacionales en la producción del conocimiento social. Un punto importante de la obra es la estrecha relación entre la historia de las ciencias sociales y la dinámica del estado. Esta idea no deja de ser significativa en Argentina, donde la organización burocrática local ha tenido bruscas redefiniciones, afectando las trayectorias profesionales de los científicos sociales. Sorpresivamente, este aspecto no ha llamado hasta ahora la atención necesaria de los investigadores, poniendo sobre la mesa un tema central sobre la crisis del país: la falta de diálogo e integración entre la comunidad científica y el estado; o, en otras palabras, la escasa participación de intelectuales argentinos de prestigio en la dirección de la burocracia estatal.

Sin embargo, la compilación de Neiburg y Plotkin no parece ser muy relevante en cuanto a sus contribuciones empíricas. El conjunto de datos y documentos presentados, especialmente en lo concerniente a la historia de la sociología y la economía, no es novedoso y se encuentra disponible en otros trabajos previos. Por ejemplo, otros autores han estudiado recientemente las trayectorias académicas y las ideas de Ernesto Quesada y Alejandro Bunge utilizando las mismas fuentes citadas en el texto. De esta forma, el estudio de las relaciones familiares de Bunge y su situación dentro del espacio intelectual porteño resulta algo reiterativo. De la misma manera, el texto dedica más tiempo del necesario a estudiar la polémica entre Quesada y Cané. Su contenido ya es conocido tanto por la reproducción de la fuente original como a través de varios artículos recientes sobre el tema. Esta repetición en el uso de los datos empíricos obliga a reflexionar sobre la validez de comenzar todo esfuerzo de investigación histórica desde cero, recurriendo a los mismos materiales de archivo.

Luego de una atractiva introducción de los compiladores, el primer artículo, escrito por Carlos Altamirano, trata sobre el surgimiento de la sociología y las ciencias sociales en el país a principios del siglo XX, en un contexto dominado por la interrelación entre naturalismo y psicología (pp. 31-65). De esta forma, el autor explora en los programas universitarios de sociología y en los textos de los profesores un camino para entender los modos de interpretación del mundo social. Más allá que las fuentes documentales no sean del todo originales, Altamirano logra una excepcional reconstrucción intelectual del período, redescubriendo autores y temas centrales en el origen de las ciencias sociales en Argentina. Su contribución más importante es el reconocimiento de que ese surgimiento no es otra cosa

que “(el) ingreso, la adopción y, eventualmente, la adaptación” de reflexiones exógenas sobre el mundo social (p.31). Este punto sobre el ingreso de formas importadas de interpretar las novedosas transformaciones sociales del capitalismo en Argentina merece una cuidada discusión, pero introduce una interesante lectura de la imposibilidad de una sociología nacional, la cual era, por cierto, la base del reclamo de los mismos intelectuales estudiados en este texto, especialmente Juan A. García.

Este mismo artículo presenta otros temas interesantes para su futura reflexión. Primero, Altamirano insiste en una tradición que si bien no está superada aún, parece un poco cuestionada. La “sociología de cátedra” no estuvo totalmente desconectada de la investigación sistemática del mundo social. Quesada y García defendieron la posibilidad de que la sociología sea una ciencia empírica y sus ideas contribuyeron a la formación de los primeros técnicos estatales dedicados a la investigación empírica. Sin duda, una historia de la investigación social de larga duración en Argentina debe incluir sus nombres como estudios de caso. Segundo, el autor nombra, al pasar, a un actor privilegiado de esta historia: Antonio Dellepiane. Este pensador no sólo fue el primer profesor oficial de sociología en el país y una figura reconocida internacionalmente, sino que representó simultáneamente las paradojas del campo sociológico en formación y la errónea lectura de la historia de la sociología local. Dellepiane fue acusado de ser un intelectual anti- positivista e espiritualista, aunque buscaba en la ayuda de los números y en las estadísticas policiales una forma de explicar la acción social. Su labor merece la atención de futuros investigadores. Por último, Altamirano sigue una línea de interpretación que unifica racionalmente las ideas de la Sarmiento con las reflexiones de la siguiente generación de pensadores. La pregunta es si la evidencia documental permitiría pensar lo contrario, es decir, que Quesada, García y sus contemporáneos provocaron una ruptura epistemológica y cognoscitiva (aunque respetuosa y canónica) sobre los problemas de la sociedad argentina con los integrantes de la generación del 37. Próximas investigaciones deberán lidiar con este interrogante.

El siguiente artículo fue escrito por Jorge Myers, quien estudia los conflictos dentro del espacio de la investigación histórica local y el difícil proceso de renovación del campo entre la década de 1930 y el final del peronismo (pp. 67-106). Myers abarca así un largo período que se inicia con el crecimiento institucional del revisionismo histórico y finaliza con la consolidación del liderazgo de José Luis Romero en el espacio universitario. El texto, sin embargo, explora demasiadas facetas y problemáticas, repasando la vida y la obra de diversos intelectuales de izquierda para llegar a terminar explicando la trayectoria académica de Romero. Este tránsito quizás sea algo confuso, pero logra situar claramente su figura dentro de las conflictivas relaciones político- académicas de la época. Por otra parte, el autor demuestra con erudición que el proceso de renovación historiográfica iniciado por Romero ya había comenzado aún antes de 1955. El artículo abre un interesante camino para comprender el impacto y los aportes de Romero a la investigación social en el país. Si ese rumbo no se transita, se corre el riesgo que el historiador referido se convierta en una figura canónica, como Germani, a quien se respeta y se cita, pero se lee poco, y se discute menos.

El tercer artículo estudia el pensamiento social del género ensayístico en Argentina entre 1930 y 1965 (pp. 107-146). Su autora, Sylvia Saítta, presenta en este texto un detallado examen de las principales obras del ensayo argentino durante el período y su contribución al debate sobre los problemas nacionales, especialmente al estudio de las clases sociales. Merece ser destacado su análisis sobre la obra de Raúl Scalabrini Ortiz, como una importante base donde se articulan los núcleos temáticos y estilísticos de un género de

contornos inciertos. Saítta reconstruye con claridad la historia del género y explica sus temas centrales, enfatizando la relación entre la crisis del país y la perplejidad de los intelectuales que buscan explicarla. La autora relaciona, además, la evolución de las ideas dentro del género con otras variables como la dinámica del mercado editorial y el auge de la lectura en las clases medias. Se descubre sí un proceso singular. La clase media en Argentina se inventó a sí misma como objeto intelectual y los ensayistas cumplieron un rol privilegiado en esa tarea. Sin embargo, el artículo separa al género de toda experiencia universitaria y académica. Resta estudiar entonces la utilización del ensayo por parte de los intelectuales argentinos dentro de la universidad, pensadores que por cierto renegaron de él pero que sin duda publicaron interesantes “ensayos” durante el mismo período.

El capítulo siguiente fue escrito por Irina Podgorny, quien estudia la historia de la arqueología local entre 1910 y 1930 (pp. 147-174). Este texto tiene un formato más académico que el resto, y, a diferencia de otras partes de la obra, tiene una estructura más simple y cerrada. Podgorny repasa entonces algunos episodios y problemas centrales de la institucionalización de la arqueología en Argentina, definiendo, por ejemplo, el conflictivo proceso de exclusión de los aborígenes en la reconstrucción historiográfica local y su confiscación al espacio arqueológico. De este modo, la disputa por la apropiación y el uso de las antigüedades arqueológicas constituye una muestra de la construcción de un campo disciplinario, de la estructuración de redes académicas y alianzas institucionales y el establecimiento de reglas de una práctica científica definida. Podgorny describe con claridad las dificultades de ese proceso y la fragilidad de la disciplina arqueológica en formación. Su atento análisis del período estudiado permite reflexionar si esa mirada no es también aplicable a la debilidad institucional de las ciencias sociales en el presente.

El quinto artículo es un texto de Jorge Pantaleón sobre Alejandro Bunge y el proyecto de una *nueva economía argentina* (pp. 175-201). En este texto, su autor estudia la influencia de las redes y los intereses sociales de Bunge en la formulación de un programa intelectual que tuvo como canal de difusión principal la *Revista de Economía Argentina*. Pantaleón presenta, sin embargo, una serie de datos y tópicos que ya han sido investigados: la formación intelectual de Bunge, su pensamiento estadístico, el rol de los católicos en el mundo del trabajo y el impacto de la obra del grupo vinculado a Bunge en el diagnóstico socio-económico peronista en la post- guerra. La investigación sobre este campo está aún abierta y todo nuevo trabajo es bienvenido, pero este capítulo debió haber dialogado mejor con las investigaciones previas en vez de mostrar sus ideas como innovaciones. No obstante, Pantaleón acierta en establecer una comparación entre los diferentes proyectos institucionales de la revista de Bunge y la publicación oficial de la Facultad de Ciencias Económicas. El autor realiza, también, un interesante análisis de las relaciones de Bunge con los grupos económicos locales y extranjeros, aunque no termina de desarrollar las tesis bungeanas sobre el crecimiento de la población argentina. El texto lamenta en sus conclusiones que Bunge haya sido olvidado por los economistas, mientras sus ideas fueron rebatidas por los sociólogos. Me temo que éstos últimos también se olvidaron de él.

El siguiente artículo es un interesante examen de la experiencia del Instituto Étnico Nacional (pp. 203-229). Este texto, escrito por Axel Lazzari, retoma entonces la historia de la antropología durante el peronismo y, en particular, los avatares institucionales de una organización burocrática que merecía un atento estudio. Lazzari presenta, de esta forma, un conjunto de datos novedosos sobre la actividad de un grupo de intelectuales dentro del estado nacional. El autor muestra claramente la relación entre la actividad de la organización estudiada y la política peronista sobre la población, redescubriendo la habilidad de sus funcionarios para legitimar una práctica científica y un campo disciplinario desde el discurso

de las políticas públicas. Este estudio explora un rumbo de investigación que no debería detenerse: la necesaria indagación sobre el rol de las ciencias sociales durante el peronismo.

El séptimo texto de esta obra fue escrito por los compiladores, Neiburg y Plotkin, quienes examinan la actividad de los economistas en el Instituto Di Tella durante la década de 1960 (pp. 231-263). De esta forma, ellos logran un interesante estudio sobre el surgimiento de los economistas profesionales, como una elite intelectual con la capacidad de legitimar sus ideas y prácticas tanto en el mundo de la academia como en la burocracia estatal. Neiburg y Plotkin describen muy bien el contexto histórico- social de este proceso, en el cual las demandas de la modernización del estado desarrollista y de la internacionalización de las ciencias sociales en el marco de la Guerra Fría se combinaron con la propia dinámica de la economía local como disciplina. Este artículo sobre el caso del Di Tella expone con mucha claridad la importancia de las redes sociales en la creación y el fortalecimiento institucional. Por otra parte, el conjunto de las trayectorias biográfico- académicas estudiadas en el texto constituyen un buen modelo para estudiar la evolución de las comunidades científicas. Esta historia institucional permite, además, comprender la formación de grupos intelectuales cercanos al poder cuyas ideas tienen un tremendo impacto en nuestras vidas cotidianas.

El siguiente capítulo se diferencia de los otros textos de la compilación, ya que no refiere a la historia de una disciplina académica ni a un tipo de estrategia discursiva para analizar la sociedad argentina. Este texto de Gustavo Sorá estudia la actividad de los editores y la dinámica del mercado editorial de las ciencias sociales en la región (pp. 265-292). Sorá presenta así un estudio comparativo de las experiencias del Fondo de Cultura Económica y EUDEBA, sobre la base de un examen simultáneo de las estrategias editoriales de las empresas y las estrategias de sus editores: Arnaldo Orfila Reynal y Boris Spivacow. De esta manera, el autor describe el papel de estas figuras como emprendedores en un mercado que, a partir de 1930, cambió su eje de flotación de España a América Latina; y que no casualmente en los últimos veinte años tuvo su reflujo nuevamente hacia la región ibérica. El texto de Sorá refiere a un fenómeno poco valorado por los investigadores: el rol y el impacto de la inmigración intelectual ultramarina en las ciencias sociales latinoamericanas. Este capítulo explora con mucha nitidez el impacto del mercado de libros y las estrategias de los editores en la conformación y el fortalecimiento de los campos disciplinarios. Por ello, el texto no sólo es provechoso para el historiador de las ciencias sociales, sino que quizás pueda interesar, también, a los responsables de la producción y la distribución de libros científicos.

El noveno artículo de la compilación fue escrito por Hugo Vezzetti y trata sobre la primera etapa de la psicología como disciplina universitaria en la década de 1960 (pp. 293-326). Vezzetti, quien ha publicado una amplia obra sobre la historia de la psicología local, expone aquí la emergencia de un debate sobre el conocimiento psicológico y el rol de los psicólogos profesionales acerca de los problemas socio- políticos del país. El autor muestra como el contexto político de la época reconstruyó el discurso y la práctica institucional de los psicólogos argentinos, en un proceso de intercambio y disputa con otras prácticas profesionales. Sin embargo, Vezzetti presenta también un escenario en el cual la creación de la carrera, la movilización de nuevos recursos institucionales, una nueva publicación académica y el desarrollo de un amplio mercado de alumnos y pacientes impactaron en conjunto en la conformación y distribución de las ideas psicológicas y en la reformulación de su campo disciplinario.

Finalmente, el último capítulo fue escrito por Alejandro Blanco, quien trata un tema que tampoco es ajeno a sus intereses de investigación: La conflictiva institucionalización de la sociología en Argentina entre 1950 y 1966 (pp. 327-370). En este texto, Blanco estudia un

tema casi medular de la sociología nativa, pues el conflicto entre diferentes grupos intelectuales en torno a la práctica sociológica legítima, generado a partir de la creación de la Carrera de Sociología de la UBA en 1957, ha redefinido la práctica profesional de los sociólogos argentinos desde entonces. De esta manera, el autor examina el conflicto desde una doble perspectiva intelectual e institucional. Ello le permite comprender cabalmente el enfrentamiento entre los actores, especialmente Gino Germani y Alfredo Poviña, la naturaleza de la pelea y las razones y armas empuñadas por cada una de los sectores involucrados. Blanco explica acertadamente como la victoria final de Germani sobre sus adversarios intelectuales se basó en una simultánea utilización exitosa de tres frentes: editorial, intelectual e institucional. Además, el artículo pondera el rol de las redes internacionales en la institucionalización de la sociología en Argentina y la aparición de nuevas demandas de práctica profesional en el campo de la sociología mundial, variables no incluidas en los trabajos previos sobre el tema.

El artículo de Blanco contribuye a desmitificar la fundación disciplinaria de Germani, pues claramente ayuda a relativizar la importancia del anti-positivismo y la ausencia de investigación empírica en el período anterior a 1955. Sin embargo, su análisis termina aceptando la misma división entre sociólogos profesionales y sociólogos tradicionales que los mismos actores involucrados utilizaron para defender sus posiciones. La evidencia empírica sugiere que la división no era tan tajante en términos académicos, pues sociólogos empíricos trabajaron con Poviña mientras que Germani reclutó también académicos con poca experiencia en investigación. Tampoco la variable religiosa es suficientemente explicativa. Por el contrario, la disputa intelectual e institucional entre Germani y Poviña expresó un complejo sistema de alianzas no explicable meramente por factores políticos o cognitivos sino por la expresión del conflicto por el liderazgo dentro del campo sociológico local, el uso y la distribución de cuantiosos fondos de investigación y la aplicación de políticas institucionales de inclusión y exclusión. Ya hay un conjunto muy importante de investigaciones sobre Germani y la fundación de la carrera, lo que permite situar al campo de la historia de la sociología en Argentina en una nueva etapa de reflexión mucho más crítica y fecunda.

Pese a la heterogeneidad de los trabajos, esta obra prosigue el objetivo común de conciliar una historia de las ideas en el país con una perspectiva biográfica e institucional, dando un lugar más amplio a los factores estructurales de las disciplinas, a las estrategias individuales de los actores, a la dinámica institucional de la ciencia internacional y a la evolución histórica del estado nacional. El cumplimiento de ese propósito es algo discutible, pero los lectores quedan invitados al debate. El libro comete, por cierto, un error tradicional de la historia intelectual en Argentina: la construcción narrativa de una historia parroquial porteña. Los artículos hacen algunas referencias sueltas a algunas universidades del interior, pero todos ellos están localizados en Buenos Aires, con la excepción parcial del texto de Myers; asumiendo que el conocimiento social en el país se reduce a la experiencia en esta ciudad. De esta forma, este campo requiere de una mayor investigación sobre la historia de las ciencias sociales en Córdoba o Mendoza, por nombrar sólo algunas.

En síntesis, esta compilación podría ser un clásico en el futuro. Pero eso ya no dependerá meramente de sus ideas, sino de la dinámica estructural de las ciencias sociales en Argentina y sus instituciones, del comportamiento de sus eventuales lectores y de la capacidad de sus autores para impulsar este campo de investigación e imponer sus criterios de legitimación. Pase lo que pase, leer este libro valdrá la pena; discutir sus argumentos y conclusiones será una mejor labor intelectual.

